467:13

II.

EL GOLFO DE LAS SIRENAS,

ÉGLOGA PISCATORIA.

PERSONAS.

ULISES, *galan.*	LAURO, *pescador viejo.*	ASTREA, CELFA, } *villanas.*
ANTEO, DANTE, } *criados.*	*Un salvage.*	*Músicas villanas.*
SILENO, *pescador galan.*	*Músicos pescadores.*	*Cuatro sirenas.*
ALFEO, *pescador simple.*	SCILA, *cazadora.*	*Cuatro coros de música.*
	CARÍBDIS, *deidad marina.*	

JORNADA UNICA.

Salen ALFEO, *pescador rústico, y* CELFA, *villana.*

Alf. Tiende esas redes al sol,
y no me repriques, Celfa,
que vengo hecho un basilisco.
Celf. ¿Con quién, dime, es la pendencia?
Alf. Con el mar y la cabaña.
Celf. ¿Pues qué tiene que ver, bestia,
la cabaña con el mar?
Alf. Fácil es la consecuencia.
Vo al mar y pesca no hallo,
do á la cabaña la vuelta,
y hállote á ti en la cabaña;
¿pues qué mucho que dar sienta,
viendo contra mí á las dos
en sus efectos opuestas,
con la mala pesca allá,
y aquí con la buena pesca?
Celf. Ya esperaba yo que fuese
alguna malicia vuesa.
Alf. Pues engañáisos, que nunca
fué malicia la evidencia;
fuera de que, si adelanto
el enojo, no es con ella
soldemente.
Celf. Pues con quién?
Alf. Con todos cuantos poetas
dicen que rie la aurora;
y si llora, llora perlas.
Con cuantos dicen que el mar
de plata la orilla argenta,
en cuyo regazo son
catres de flores las selvas,
los arroyos instrumentos
de cristal, cítaras bellas
los árboles de esmeralda,
las aves capilla diestra
de la cámara del sol.
Enamorada caterva
que, reacia en el buen tiempo,
nunca del malo te acuerdas,
sal al campo, si eres hombre,
con todas tus copras llenas
de rosicleres y albores,
verás si mientes, cubierta
de ceños hallando al alba,
al sol de túpidas nieblas,
las aves mudas y tristes,
las flores mustias y yertas,
y al mar enojado, tanto,
que hidrópica su soberbia,
se quiere beber los montes;
y si no, porque lo veas,
oye, Celfa, lo que dicen
aire, agua, fuego y tierra.
Celf. ¿Pues qué dice el aire?
Cor. 1 Que el enero sus verdes imperios
le tala furioso con ráfagas tales,
que en vez de que entonen sus aves y copas,
sus copas se quejan, y gimen sus aves.
Celf. ¿Y qué dice el agua?

Cor. 2 Que el enero sus campos de vidrio
en páramos vuelve de nieve y escarcha,
que en vez de q. al alba le sirvan de espejos
de helados embozos le sirven al alba.
Celf. ¿Y qué dice el fuego?
Cor. 3 Que el enero sus luces hermosas
le apaga entre nubes de pálidos velos,
que en vez de q. al hielo sus rayos deshagan,
pasmados sus rayos tiritan al hielo.
Celf. ¿Qué dice la tierra?
Cor. 4 Que el enero sus flores y rosas
de suerte marchitas y mustias las deja,
que, en vez de que sean estrellas lucientes,
aun ser no permite eclipsadas estrellas,
Celf. ¿Y todos, qué dicen?
Todos Que porque el enero cruel los embiste
Cor. 4 Las flores se pasman,
Cor. 3 Los rayos tiritan,
Cor. 2 Las ondas se quejan,
Cor. 1 Los pájaros gimen.
Celf. Qué dicen?
Alf. Qué dicen?
Todos Que porque el enero con ellos embiste,
las flores se pasman, los rayos tiritan,
las ondas se quejan, los pájaros gimen.

Dentro SILENO *y* ASTREA.

Sil. Venturosos pescadores
de las sagradas riberas
del trinacrio mar....
Astr. Hermosas
zagalas, que en sus arenas
tantas veces de sus ninfas
vencisteis la competencia....

Salen por una parte SILENO *y pescadores, y por otra* ASTREA *y villanos.*

Pesc. Qué nos quieres?
Vill. Qué nos mandas?
L. dos Dadme albricias.
Todos De qué nuevas?
Sil. Antes que yo las mias diga
diga las suyas Astrea,
que la urbanidad mas ruda
es cortés con la belleza.
Astr. Aunque no lo sea la mia,
agradezco la licencia.
Desde aquel pardo peñasco,
en cuyos hombros se asienta,
no sin vanidad de noble,
rústica fábrica bella,
breve alcázar de los dioses,
la vez que de sus esferas
descienden á nuestros valles
hasta esa zarza pequeña,
que verde, á pesar del tiempo,
todo el año se conserva,
(advertid de dónde á dónde
digo, no perdais las señas,
que importa saber que son,
si la planta se os acuerda,
si se os acuerda el peñasco,
desde el Pardo á la Zarzuela):
discurría apacentando
la siempre familia inquieta
de mis cabras, que golosas
de uno en otro álamo trepan,
porque les pague la hoja
lo que les debe la yerba,
cuando de su ameno espacio
la enmarañada aspereza
miro discurrir á tropas
festivas carrozas, llenas
de hermosos coros de ninfas,
cuyas divinas bellezas
á desagraviar, sin duda,
vienen á la primavera,
restituyendo á los campos
cuantos matices grosera
robó de enero la saña,
pues les hacen que florezcan
de las destroncadas ruinas
que marchitó la violencia,
cada coscoja un clavel,
cada arista una azucena.
Vilas, y dejando al libre
uso de su ligereza
el desmandado rebaño,
procuré saber quién eran,
y supe que eran de dos
deidades, que iban tras ellas,
sagrado obsequio, bien como
la rosa del prado reina,
la maravilla del prado
infanta, salen risueñas
acompañadas de flores,
cuando alba y aurora dejan
el cielo de los matices,
el campo de las estrellas.
Sus nombres oí; pero soy
tal, que ya no se me acuerdan;
mas bien sé que el uno dellos,
significando que reina
en guerra y paz, se compone
de deidad de paz y guerra,
pues Diana el nombre acaba,
siendo Márte quien la empieza,
primero y último acento
dando los dos; de manera,
que tomando á Márte el Mar,
y á Diana el Ana, encierra
el nombre de Mar-y-Ana
imperiosas escelencias.
El segundo en su principio

con él conviene, mas echa
por otra parte, acabando
en no sé qué cosa tersa,
si ya cierta Margarita,
tan linda como ella mesma,
no la prestó para el caso
el atributo de perla.
En fin, sean las que fueren,
quien me entendiere me entienda;
fiando el sagrado solio
al respeto de la ausencia,
á nuestro mísero albergue
descienden, que la grandeza
tal vez se divierte afable
entre la humilde simpleza
de lo rústico, porque,
cotejando diferencias,
ver lo que son y no son
les suele servir de fiesta.
Salid, pues, á recibirlas,
haciendo á la usanza nuestra
festejos á su venida.

Sil. Y añade, para que sean
aun mas dignos los festejos,
que, atravesando la selva
en un enfrenado bruto,
tan ajustado á la rienda,
que le sobraba el castigo
para estar á la obediencia,
el Apolo destos valles,
pues como cuarto planeta,
por mas que se emboce, no hay
traje en que no resplandezca,
cuidado haciendo el acaso
y descuido la fineza,
si hay fineza descuidada,
las sigue; que esta es la nueva
que yo os traigo; porque estando
á la falda desa sierra
montado Adónis, le vi
bajar, haciendo desecha
de que en su busca venia
el alcance de una fiera,
que colmilluda, pensaban
ser de otra Vénus tragedia,
sin ver que á su rayo no hay,
por mas que vuele ligera,
por mas que ligera corra,
pluma ó piel que se defienda;
y pues mejorando el dia,
tanta montaraz grandeza
hace que los elementos
retiren sus inclemencias;
valeos del ejemplar,
oyendo sus asperezas
cómo en halagos convierten
aire, agua, fuego y tierra.

Vill. 1 Pues qué dice el aire?

Cor. 1. Que ya sus gemidos son ecos suaves.
Pes. 1. Pues qué dice el agua?
Cor. 2. Que ya son sus hielos espejos de plata.
Vil. 2. Qué dice el fuego?
Cor. 3. Que ya son sus nubes templados reflejos.
Pes. 2. Qué dice la tierra?
Cor. 4. Que el q. antes fué invierno es ya primavª.
Todos. Y todos, qué dicen?
Músic. Que á vista de tales deidades felices....
Cor. 1. Los pájaros cantan....
Cor. 2. Las luces se alegran....
Cor. 3. Las flores renacen....
Cor. 4. Las ondas se rien.
Todos. Qué dicen?
Los dos Qué dicen?
T. los cor. Que á vista de tales deidades felices,
los pájaros cantan, las luces se alegran,
las flores renacen, las ondas se rien.

Pesc. Ea, zagalas, vosotras
venid reduciendo á aquella
zarzuela ó pequeña zarza
vuestras cabras, porque sea,
si por ventura á su abrigo
quisieren pasar la siesta,
de su cándido tributo
divirtimiento la ofrenda.
Vosotros echad al mar
las redes, para que tengan,
si les cansare la caza,
segunda holgura en la pesca.

Celf. ¿No será mijor, porque
tiempo el festejo no pierda,
que desde luego, cantando
y bailando, demos muestra
de nuestro alborozo.

Astr. Bien
ha dicho.

Celf. Pues, Alfeo, empieza
tú la cancion, pues que tú
eres quien todo lo alegra.

Alf. Eso no haré yo en verdad;
porque hay en las islas nuevas
deidades tan rencoriosas,
que de otros cultos les pesa.
Si sabeis que Scila, envidia
de Anfitrite, pues por ella
de Neptuno despreciada,
en estos montes se alberga,
Semidea es destos montes,
cuya nociva belleza
es veneno de los ojos;
pues cuantos náufragos echa
á esta playa el mar, la siguen,
venciendo el ceño á esa cuesta
que en vez de alcázar, remata
en una profunda cueva,
donde el triste peregrino,
que engañado una vez entra,

muere despeñado al mar,
que así la pasada ofensa
de Anfitrite y de Neptuno
en sus huéspedes la venga;
si sabeis, que hija de Aglauco,
marino Dios, y una bella
sirena, Caríbdis, tiene
su adoracion en aquellas
rocas, que dentro del mar
sobre un escollo se asientan,
cuya regalada voz,
traidoramente alagüeña,
es veneno del oido,
de suerte que nadie llega
á oirla, que, arrebatado
de su acento, no perezca,
siendo imperio suyo todo
el golfo de las Sirenas,
en venganza de su madre,
á quien Aglauco desprecia:
¿por qué quereis enojarlas,
y mas cuando tienen hechas
paces con los mercaderes
destas tostadas arenas,
en fe de los sacrificios
que llegamos á ofrecerlas?
Y así, id vosotros, que yo
no quiero nada con ellas,
ayudando á celebrar
las deidades estrangeras,
ni desa Mari-Diana,
ni de esotra Mari-Tersa,
porque Scila ni Caríbdis
contra mí no se conviertan
en alguna Mari-Brava,
que como otra vez me prenda,
y sin comello y bebello,
venga yo á pagar la fiesta.

Laur. Aunque á esos riesgos nacimos
los que nacimos en estas
islas del trinacrio mar,
antes por la causa mesma
debemos á otras deidades
tener gratas.

Todos Ven apriesa.

Alf. Juro á Baco, dios vinoso,
que era mijor para pera
que para Dios, de no ir,
si no me llevan acuestas. *Tiénd. en el suelo.*

Celf. No rogueis á un ruin; que yo,
á tan digna accion atenta,
su ausencia sopriré.

Alf. ¿Cuándo
no soprís vos mis ausencias
y enfermedades? ¿Mas cómo
ha de ser?

Celf. Desta manera:
(*cant.*) Las nuevas deidades
de nuestra ribera,
á desagraviar
á la primavera
vengan norabuena. (*bailan todos.*

Todos Norabuena vengan.

Celf. La alba destos montes,
que con su belleza
hace que á la tarde
el sol amanezca,
venga norabuena.

Todos Norabuena venga.

Celf. El sol que la sigue,
cuya luz suprema
aun mas que en las vidas
en las almas reina,
venga norabuena.

Todos Norabuena venga.

Celf. La aurora, que á entrambos
igual sigue, en muestra
de que participa
de entrambas grandezas,
venga norabuena.

Todos Norabuena venga.

Celf. Las ninfas hermosas,
las gracias discretas,
de aquella alba flores,
de aquel sol estrellas,
vengan norabuena.

Todos Norabuena vengan.

Celf. Y pues ya sus rayos
se ven de mas cerca,
digan en su salva
fuego, aire, agua y tierra....
(*Dentro ruido como de terremoto.*

Uno. (*dent.*) Júpiter, piedad!

Otro. (*dent.*) Neptuno, clemencia!

Alf. Aquel es otro cantar. (*levántase.*

Todos Qué es aquello?

Laur. Si las señas
no desmiente la distancia,
con agua y viento forceja
contrastado allí un bajel.

Voces. (*dent.*) ¡Amaina, amaina la vela!

Uno. (*dent.*) A la mura!

Otro. (*dent.*) Al chafaldete!

Otro. (*dent.*) A la escota!

Todos Qué tragedia!

Astr. Pues nosotros no bastamos
á repararla sus quejas,
no oigamos; volved al baile,
y atravesando esa selva,
venid á salir al paso.

Laur. Bien dice.

Todos Prosigue, Celfa.

Celf. (*cant.*) Las nuevas deidades
de nuestra ribera....

Entranse cantando y bailando, y queda solo Alfeo.

Voces (*dent.*) Júpiter, piedad!

Neptuno, clemencia!
Todos (*dent.*) Norabuena vengan,
vengan norabuena.
Voces (*dent.*) Júpiter, piedad!
Neptuno, clemencia,
Alf. Bien muestra lamento y canto,
que de alegría y tristeza
este siempre voraz monstruo
de los siglos se alimenta.
¿Mas quién me mete en moral,
siendo almendro? y así entre estas
y estotras, por no causar
á Scila y Caríbdis queja,
de mi red allí cogiendo
los puntos y las carreras,
que si hay medias que son redes,
tambien redes que son medias,
diré solo, que si hubiese
esto de servir de fiesta,
aquí acabara la loa
y empezara la comedia,
diciendo los unos:....
Mus. (*dent.*) Norabuena vengan.
Alf. Los otros diciendo.... (*Vase.*

Dentro ULÍSES.

Ulis. Amaina la vela,
y antes que viento de mar
dé con nosotros en esas
altas rocas, el esquife
los que pueda salve.
Uno. (*dent.*) Sean
Ulíses, Dante y Anteo
los primeros.
Ulis. Mientras vuelva,
pues nunca el voto es inútil,
repitan las voces nuestras:....
Todos (*dent.*) Júpiter, piedad!
Neptuno, clemencia!

Sale SCILA *vestida de cazadora en lo alto, y* CARIBDIS *de sirena, cada una por su parte.*

Scil. ¡Qué bien parece á mi vista....
Cari. ¡Qué mal á mi oido suena....
Scil. El zozobrado uracan...
Cari. La desesperada queja....
Scil. De aquel bajel, que embestido....
Cari. De aquella nave, que espuesta....
Scil. De las ráfagas del viento....
Cari. A los bajos de la tierra....
Scil. Corriendo viene fortuna!
Cari. Está corriendo tormenta!
Scil. ¡O, mueran todos!...
Cari. ¡O, ninguno muera!....
Scil. Que no hay para mis rencores....
Cari. Que no hay para mis soberbias...
Scil. Música como el gemido...
Cari. Dolor como la miseria;....
Scil. Porque ¿qué mayor lisonja,....
Cari. Porque ¿qué mayor ofensa,....
Scil. Que ver que perezcan todos,....
Cari. Que ver que nadie perezca,....
Scil. Aunque no sea á mis manos?
Cari. Y que á mis manos no sea?
Scil. Y así, alegre en su desdicha,...
Cari. Y así, triste en su tragedia,....
Scil. Es justo que la celebre,....
Cari. Es preciso que la sienta,....
Scil. Al ver que los trae el rumbo
al choque de aquestas peñas;....
Cari. Al oir que ya no tienen
esperanzas sus faenas;....
Scil. Pues los árboles troncados,....
Cari. Pues rebujadas las velas,....
Scil. Desatracadas las jarcias,....
Cari. Enmarañadas las cuerdas,...
Scil. Sin gobernalle el timon,....
Cari. La bitácora sin muestra,...
Scil. Cascado crujiendo el pino,...
Cari. Al tope la quilla vuelta,...
L. dos Tumba ya del mar, el buque
desesperado lamenta.
Voces (*dent.*) Júpiter, piedad!
Neptuno, clemencia!
Scil. ¡O, mueran todos!
Cari. ¡O, ninguno muera!
Mas bien que de los que ya
bebiendo la muerte anhelan,....
Scil. Mas ay que de los que animan
cercanías de la tierra....
Cari. Algunos salva el esquife,....
Scil. Algunos la lancha alberga;
Cari. Con que lograré mis iras;...
Scil. ¿Pero qué me desconsuela,
si morirán á mi saña,
ya que á su ruina no mueran?
Cari. Y así saliendo á la orilla,....
Scil. Y así bajando á la selva,...
L. dos Hallarán fuera del mar
mas derrotada tormenta.
Scil. ¡O, mueran todos!
Cari. ¡O, ninguno muera!—
Scila!
Scil. Caríbdis?
Cari. ¿Dónde
vas?
Scil. Mi misma duda es esa,
y con mas razon, pues yo,
trascendiendo desta sierra
á esta playa, no trasciendo
los términos de mi esfera;
tú sí, pues dejas la tuya,
que es el mar, ¿Qué hay que te mueva
á venir á tierra?

Cari. Ver
que algunas vidas reserva
dese naufragio el esquife,
y voy á acabar con ellas.
Sci. Pues bien te puedes volver,
que yo haré esa diligencia.
Cari. Mio fué el primer riesgo,
y lo que mi patria empieza
no lo ha de acabar la tuya.
Scil. Que es ya mio considera,
pues ya es en tierra el peligro.
Cari. Poco importa, si resuelta
le tomé á mi cargo yo.
Scil. ¿Tú conmigo competencias?
Cari. Por qué no?
Scil. Porque te escedo,
ya que es una la accion nuestra,
en ser bandoleras ambas,
vengando ambas las afrentas
de Aglauco y Neptuno, cuanto
es la gran distancia inmensa
de la hermosura á la voz.
Cari. ¿Pues quién dió mas preeminencia
al encanto de la vista,
que al del oido?
Scil. La mesma
naturaleza, que puso
en la vista mayor fuerza.
Cari. Es error; mayor la puso
en el oido, si llegas
á considerar que solo
lo hermoso, que es parte agena
del alma, es hechizo suyo,
mas la voz que al alma entra
es el veneno del alma.
Scil. Si ese el mayor riesgo fuera,
no les pusiera á los ojos
en los párpados defensa;
ponerles antemurallas,
con que lo hermoso defiendan,
fué prevenir el peligro.
Cari. Es verdad; mas no ponerlas
á las orejas, fué darse
por vencida de que era
contra superior poder
inútil la resistencia.
Scil. No fué sino lo que dijo
el filósofo.
Cari. Qué?
Scil. Que eran
las orejas del humano
mundo tan viles rameras,
que á ningun interés saben
tener cerradas las puertas.
Cari. Tambien ser los ojos, dijo,
tan traidoras centinelas,
que en vez de avisar el daño,
son las que en casa le entran.
Scil. Aunque pudiera á razones
convencerte, porque veas
que no las estimo, quiero
que una sola te convenza.
Ven pues á tierra; que yo
te permito la licencia,
á precio de que decida
esta cuestion la esperiencia.
Veamos cuál de las dos vuelve
con mayores triunfos desa
gente, que á merced del hado,
cuando los demas se anegan,
náufraga viene arribando
á la orilla.
Cari. Soy contenta,
mas con una condicion.
Scil. Cuál es?
Cari. Que ninguna pueda
decirles de la otra el nombre,
dejando la competencia
á lo libre del arbitrio.
Scil. Norabuena.
Cari. Norabuena.
Scil. Pues qué esperas?
Cari. Pues qué aguardas?
Scil. A tierra pues!
Cari. Pues atierra!
¡Ea, encanto de la voz,
que tuya ha de ser la empresa!
Scil. ¡Ea, hechizo de la vista,
tu mayor victoria es esta!
(*Vanse, bajando al tablado.*

Salen ULISIS, DANTE *y* ANTEO,

Ulis. ¡Ah tierra, aunque ya de tantas
fortunas siempre deshechas
fuí asunto, nunca con mas
rendido voto la arena
besé! ¡O madre comun, cuánto
te debe el hijo que deja
tu regazo, y á cobrarle
permite el hado que vuelva!
Dan. Aunque siempre fué piedad,
tal vez quiere que parezca,
mas que cariño, ojeriza.
Ant. Y si percibes las señas
deste inhabitado seno,
donde la vista no encuentra
verde hoja, ni el oido
perdida voz, que no sea
de inculta fiera bramido,
gemido de ave funesta,
hoy es cuando menos madre
nos recibe.
Ulis. Ved por esas
intrincadas breñas, que
impiden hallar la senda,

si por dicha hay poblacion
ó gente alguna.
Dant. En la quiebra
que hace allí un risco, está un hombre.
Ant. Pescador es, segun muestran
trage y ejercicio, pues
la red enjuga y remienda.
Ulis. Ha pescador!

Sale ALFEO.

Alf. Cuánto va (*aparte.*
que me busca Scila bella
ó Caríbdis, para darme
las gracias de que no sea
yo del baile?—Quién me llama?
Ulis. Decidnos por vida vuestra....
Alf. Buenas Caríbdis ó Scilas,
sino que no son muy buenas.
Ulis. A tres derrotados hijos
de la fortuna, que fiera
nos arrojó á estos umbrales,
¿qué ignorada patria es esta,
qué tierra, qué selva, qué isla,
y qué deidades venera,
porque acudamos al voto
que fué del naufragio ofrenda?
Alf. Gracias á Dios que llegó
el dia de que yo hiciera
una relacion. Oid:

SCILA *y* CARIBDIS *salen á las puertas de los dos lados, quedándose á ellas.*

Cari. Desde esta parte encubierta....
Scil. Oculta desde esta parte....
Cari. Pensaré con qué cautela...
Scil. Discurriré con qué industria....
Cari. Mi voz oigan.
Scil. Mi luz vean.
Alf. Esta patria es una patria...
Pero ahora se me acuerda
de que no puedo ser largo.
Me vo con vuesa licencia.
Ulis. Di qué patria, y te irás luego.
Alf. Como mas no me detengan,
esta patria es una patria,
esta tierra es una tierra,
esta isla es una isla,
y esta selva es una selva
de tantísimo trabajo,
que es la Trinacria desierta,
donde, aquí que no nos oyen,
ni es posible que oirnos puedan,
Caríbdis y Scila son,
desde aquel escollo á esa
torre, que una legua hay,
dos deidades de la legua,
que andan por montes y mares
robando, como si fuera
el mar la calle mayor,
y estos peñascos sus tiendas.
Tan fieras son las dos, que
me vo sin decir cuán fieras;
porque hay mucho que decir,
y no cabe en hora y media.
(*Al entrarse encuentra con Scila, y se vuelve huyendo.*
Ulis. Tenedle.
Ant. A qué, si es un loco?
Scil. ¿Así, villano me afrentas?
Alf. ¡Vive el cielo, que lo oyó
todo; mal haya mi lengua!
huiré por estotra parte.
Ulis. Ya que vuelves, oye, espera.
Alf. El diablo que espere ni oiga.
(*Vase á ir por la otra parte, y encuentra con Caríbdis.*
Cari. ¡Que así, villano, me ofendas!
Alf. Aun peor está que estaba.
Scil. Yo vengaré mis ofensas.
Cari. Yo vengaré mis agravios.
Alf. Hemos hecho buena hacienda.
Ulis. ¿Qué tienes, que huyes y vuelves?
Alf. ¿Qué mas quiere usted que tenga,
si no canto por servirlas,
habrando para ofenderlas?
Mas bien empreado está,
si en mí sus enojos vengan,
que sea dia de trabajo,
pues no quiero ser de fiesta. *vase.*
Dant. Por loco que es, nos ha dicho
cuanto es nuestra suerte adversa,
pues entre Scila y Caríbdis
nos hallamos, de quien cuenta
tantas crueldades la fama.
Ulis. ¡O tirana Vénus bella,
siempre del griego enemiga!
¿hasta cuándo tus ofensas
han de durar? ¿hasta cuándo
tus rencores?
Ant. ¿Qué te quejas
de Vénus, si en Circe tienes
otra enemiga mas cerca?
Si en ella, Ulíses, burlados
dejas ingenio y belleza,
¿qué mucho que contra ti
el conjuro de sus ciencias
altere montes y mares,
y te traiga donde tenga
nuevos peligros tu vida?
Ulis. Pues por mas que me acontezcan,
importa menos, que no
que se persuma ni entienda,
que en la encantada prision
de una hermosura discreta

Ulíses envilecia
el antiguo honor de Grecia.
¿La voz mas armoniosa,
ya suene sutil, ya cuerda,
es mas, di, que una asonancia?
¿La hermosura mas perfecta,
ya afáble mire, ya esquiva,
es, di. mas que una apariencia,
tan hija aquella del viento,
tan hija del tiempo esta,
que cualquier aura la gasta,
cualquier hora se la lleva?
¿Pues por qué se ha de pensar,
que en heróico pecho pueda
perfeccion que es accidente
postrar valor que es esencia?
¿Mi vista y mi oido es justo
que á ageno dueño me vendan?
No, ni es posible.

Scil. Qué oigo? (*aparte.*

Cari. Qué escucho? (*aparte.*

Ulis. Y así no teman
vuestros recelos, que airados
muchos peligros me venzan.
Mas porque temeridad
esperarlos no parezca,
para que de aquí los tres
salgamos con mayor priesa,
sigue tú de aquel villano,
Dante, la perdida huella;
tú, si hay poblacion, Anteo,
mira desde esa eminencia;
pues yo, para que podamos
hallarnos, me quedo en esta
parte, haciendo punto, donde
á dar vuestras líneas vuelvan.

Dan. Ya te obedezco.

Ant. Yo y todo.

Dant. Mas la fortuna no quiera,...

Ant. Pero no permita el hado,...

Dan. Que reconozcas....

Ant. Que adviertas....

Dan. La jactancia escarmentada....

Ant. Castigada la soberbia....

Dan. Del que lo que oye no estima. (*Vase.*

Ant. Del que lo que ve desprecia. (*Vase.*

Ulis. Siempre los sentidos fueron
vasallos de la prudencia,
y no tienen contra mí,
ni vista ni oido fuerza,
mas que aquella que yo quiero
que livianamente tengan.

Scil. Ahora lo verás. (*aparte.*

Cari. Ahora. (*aparte.*
te lo dirá la esperiencia.

Scil. Ay infelice de mí!

Ulis. ¿Pero qué voz es aquella?

Cari. De mano me gana Scila; (*aparte.*
mas yo esperaré que sea
mia la ocasion.

Scil. ¿No hay quien
á una infeliz favorezca?

Ulis. Muger y aflijida, ¿cómo
puedo faltar á la deuda
de ser quien soy?

Scil. Peregrino (*sale cayendo.*
destos montes, cuyas señas
generosamente nobles
no es posible que desmientan
el valor, una infelice,
á quien una inculta fiera,
que siendo aborto del monte
escándalo es de la selva,
andando á caza ha salido
al paso, á tus plantas puesta
te pide.... Pero no puedo
proseguir, porque suspensa
la voz desde el pecho al labio,
ni bien viva, ni bien muerta,
con andarla cada dia,
se le ha olvidado la senda,
si ya no es que el corazon
tímidamente no deja,
porque le haga compañía,
que salga; con que la lengua
torpe, balbuciente el labio,
ni uno espira, ni otro alienta,
ay de mí infeliz!

Cari. No en vano (*ap.*
cautelosa Scila intenta,
que el valor de la hermosura
mas con la lástima crezca;
mas no la valdrá, pues hay
cautela contra cautela,
divirtiendo yo de oirme
las atenciones de verla.

Ulis. Beldad, que con tus temores
compadeces y deleitas,
y al reves de otras te afeitas,
que es quitándote colores,
¿contra una fiera favores
pides? Y aunque te asegura
mi honor, mira que es locura
querer que dé mi fineza
armas contra una fiereza,
si me mata una hermosura.
Demas que, si solicitas
que me resuelva á ampararte,
¿cómo he de poder yo darte
la vida qué tú me quitas?
Mas ay, que bien solicitas
ser la fiera mis despojos,
previniendo tus enojos
piadosamente tiranos,
porque ella muera á mis manos,
que no muera yo á tus ojos.

¿Pero cómo puede ser
que ya la muerte resista,
que á quien mata con ser vista,
qué falta le hace no ver?
Y así, bien puede volver;
no tanto porque la fiera
debió de torcer ligera
la senda, cuanto porque
veas que tu triunfo fué,
que ella viva y que yo muera. —
Ni habla, ni alienta ni mueve;
turbado á tocarla llego.
¿Quién creerá que todo es fuego,
cielos, donde todo es nieve?
Qué haré? Dejarla, es aleve
accion; cargar mis pesares
con ella, temeridades;
pues no sé que haya retiros....
(*Caríbdis canta dentro.*

Cari. Aquí donde mis suspiros
pueblan estas soledades,...

Ulis. ¿Qué nuevo acento es aquel,
que dejo mi voz en calma?
¿Si es de aqueste cuerpo el alma,
que no se halla fuera dél?
Y sintiendo cuán cruel
desamparo sus donaires,
los repetidos desaires,
que van vagando horizontes,
enternecen.

Cari. (*cant.*) Estos montes,
y embarazan estos aires....

Ulis. Ella es, bien mi pensamiento
previno, que mal pudiera
decir lo que yo dijera,
quien no, cómplice en mi aliento,
sintiera lo que yo siento.
Y pues mis dudas persuades,
dime, ó tú, que las añades,
¿dónde que las busque quieren
aquí?

Cari. (*cant.*) Donde necias mueren
mis vanas seguridades....

Ulis. Ya voy, espera, y no así
culpes tú el quedarte hoy,
que si tras tu alma voy,
no es dejarte á ti por ti.

Scil. ¡Ay infelice de mí!

Ulis. Pero una duda á otra iguale,
aunque, si otra alma la vale,
todas quedarán deshechas
á manos....

Cari. (*cant.*) De mis sospechas,
cada vez que el alba sale.
(*Finge entrarse siguiendo la voz.*

Scil. Forastero, (vuelva en mí, (*aparte.*
no aquel acento veloz
con el iman de su voz
le quiera llevar tras sí)
dichosa en hallarte fuí,
pues no dudo, que amparada
contra aquella fiera airada
en mi desmayo sería.

Ulis. No es tanta la dicha mia,
que te haya servido en nada.
Mi obligacion satisfice
con solamente esperar;
que no me quiero alabar
de fineza que no hice.

Scil. Con que dos veces felice
á mi ser me restituyo,
pues constantemente arguyo
desempeñado tu brío
á costa del susto mio,
sin la del peligro tuyo.
Y pues generoso un pecho,
que noble se considera,
la fineza que se hiciera
iguala á la que se ha hecho,
ven conmigo satisfecho
de que en mi albergue tendrás
fiel galardon;— pues verás, (*ap.*
que al mar despeñado mueres.

Ulis. Bien se vé que deidad eres,
pues premio al intento das;
pero aunque tú no me dieras
la licencia, la tomara
yo, pues nunca te dejara,
hasta que de incultas fieras
asegurada estuvieras.

Scil. No sé si lo crea.

Ulis. Por qué?

Scil. Porque al volver te mire
dejarme por el veloz
eco de no sé qué voz.

Ulis. Es verdad; pero eso fué
dar crédito á una locura,
pensando dejarte á ti
por ti, que á no ser así,
no quedara tu hermosura
sin mi asistencia segura.

Scil. Por mí y por tu honor lo creo.—
Cielos! ¿qué nuevo deseo (*ap.*
es aqueste con que lucho?
que cuando atento le escucho,
cuando restado le veo,
me parece... Mas qué digo?
¿ni qué me ha de parecer,
si con todos ha de ser
de mis rigores testigo?
Sígueme pues.

Ulis. Ya te sigo.

Scil. Mas no me sigas, espera.

Ulis. ¿Qué te suspende y altera?

Scil. Pensar, si conmigo vas,
que el galardon no tendrás.

que quisiera y no quisiera.
Ulis. Enigma es, que, aunque pretendo
entenderle, no es bastante
mi discurso.
Scil. No te espante,
que yo tampoco le entiendo.
Ulis. Con todo eso voy siguiendo
tus pasos.
Scil. Ven y no ven.
Ulis. ¿Juntos favor y desden?
Scil. Sí; que desden y favor,
uno es hijo de mi honor,
y otro....
Ulis. De quién?
Scil. No sé quien.
Pero sea quien se fuere,
basta saber de mí y dél,
que entre piadoso y cruel
tan confuso nace y muere,
que quiere lo que no quiere.
Y pues á un tiempo me obligas
y me ofendes, porque digas
lo que en mis afectos puedes,
quédate, mas no te quedes;
sígueme, mas no me sigas. (*vase.*
Ulis. ¿Quién igual confusion vió?
¿Habrá quien pueda (ay de mí!)
descifrar mis dudas?

Dentro CARIBDIS.

Cari (*cant.*) Sí.
Ulis. Seguiré sus pasos?
Cari. No.
Ulis. Quién me lo aconseja?
Cari. Yo.

Sale CARIBDIS *con un velo en el rostro.*

Ulis. Voz, que llevas suspendidos
tras tus ecos mis sentidos,
y, sin dejarte mirar,
me solicitas tapar
los ojos con los oidos,
¿por qué me aconsejas, di,
que aquella beldad no siga,
con tal dulzura, que obliga
á que me vaya tras ti?
Cari. Por ver si consigo así
probar, que es pasion mas fuerte
el oir que el ver.
Ulis. Advierte,
que competir, es locura,
una voz á una hermosura.
Cari. No es.
Ulis. Dí, cómo?
Cari. Desta suerte:
(*cant.*) Entre vista y oido
la ventaja es,
que hay siempre que oir,
pero no que ver.
Aquel esterior sentido
que se agrada en lo que ve,
nunca con verdad se rinde,
pues se agrada al parecer.
El que en lo que oye se agrada,
tiene mas interior, pues
pasando al alma, acredita
la realidad de su ser.
Quien alaba una hermosura,
la dice, no hay mas que ver;
y es verdad; porque no hay mas
en mirándola una vez.
Nunca crece á ser mejor,
pues la mas hermosa tez
hará harto en ser mañana
tan linda como era ayer.
El objeto del oido
cada instante crece, en fe
de que siempre hay mas que oir,
pues siempre hay mas que saber;
de suerte que, yendo uno
á menguar y otro á crecer,
al paso que uno se ilustra,
fallece el otro; con que
entre vista y oido
la ventaja es,
que hay siempre que oir,
pero no que ver.
El sol ó la material
luz lo acrediten, en quien
ven en su edad la hermosura,
pues la apagan ella ó él.
Dígalo el que nadie á oscuras
logró lo hermoso, porque
del rosicler de otra llama
se adorna su rosicler.
Lo entendido de la voz
ni aun al sol ha menester,
que lo discreto y afable
aun lucen sin luz tambien.
Perfeccion que de la noche
no está sujeta al desden,
ni pide favor al dia,
¿quién duda que prueba.....
Ulis. Qué?
Cari. Que entre vista y oido
la ventaja es,
que hay siempre que oir,
pero no que ver.
Y si al desvanecimiento
apela el galan de que
fué dueño de una hermosura,
dígame, quién no lo fue?
Porque si en el verla estriba
de su dicha el mayor bien,

el mayor bien es igual
á cualquiera que la ve.
El no ser vista una dama,
no puede el recato hacer;
porque está, sin gusto suyo,
en otra mano el poder.
Pero el no ser oida sí;
porque no puede romper,
sin gusto mio, mi voz
de mi silencio la ley.
Luego comun la hermosura
dió á todos que merecer,
y no comun el ingenio,
que uno adore solo aquel;
viendo así. deja en los ojos
lo vulgar de su placer;
y oyendo, á lo no vulgar
del alma, mostrando bien,
que entre vista y oido
la ventaja es,
que hay siempre que oir,
pero no que ver. (*vase.*

Ulis. Oye tú, segundo enigma
destos montes, que acrecer
la confusion del primero
has venido, con hacer
que neutral el alma dude,
si dueño mas suyo es
crueldad que busca piadosa,
que piedad que huye cruel.
¿Tras cuál iré de los dos?
No sé, (ay infeliz!) no sé,
que el hierro de mis sentidos
tiran con igual poder
el norte de lo que oyen,
y el iman de lo que ven.
¿No me dijo una hermosura,
con desmayada altivez,
que la siga y no la siga?
¿No me dijo una voz, que
dulcemente armoniosa
me ha podido suspender,
que tras ella vaya? Sí.
¿Pues qué dudo, ó cuando fué,
cielo, argumento del mal
la duplicacion del bien?

Sale SCILA.

Scil. Habiendo oido de Caríbdis (*aparte.*
la voz, vuelvo por saber
si va tras ella.

Sale CARIBDIS *al paño.*

Cari. No viendo (*aparte.*
que me sigue, vuelvo á ver
si la hermosura de Scila
tras sí le lleva, no sé
si con nuevo afecto, (ay cielos!)
que el de la envidia.

Ulis. Qué haré?
Pero aquí de la hermosura;
que no tiene mas que hacer,
que ser hermosa, una dama.
Cantar ó no cantar, es
habilidad, y no hay
mas habilidad que ser
hermosa; y así yo...

Scil. ¿Dónde
vas?

Ulis. Si me das á escojer
entre quedarme y seguirte,
qué dudas? ¿Cuándo no fué
tan grosero el propio amor,
tan villano el interés,
que lo mejor para sí
no elija?

Scil. Sígueme pues;
que aunque ignores tú y yo ignore
á qué vas, baste saber,
que es á dejar la hermosura
coronada de laurel.

Ulis. Ella sola está.

Cari. (*cant.*) Ay de ti!

Ulis. ¿De qué calmado bajel *suspénd.*
se cuenta, que fuese el aire
la rémora de sus pies?

Scil. Qué te suspende?

Ulis. Una voz,
que traidoramente fiel
me ha amenazado, diciendo:...

Cari. Ay de ti!

Scil. Conmigo ven.

Ulis. Sí; pero espérame, aguarda
un instante, hasta entender
qué quiere decirme.

Scil. Mira
que no me hallarás despues.

Cari. Pues sígueme tú hasta hallarla.

Scil. No está á mi vanidad bien.

Ulis. Pues quédate, ó no te quedes;
ó sigueme, ó no; saber
tengo con qué fin intenta
mis dichas desvanecer,
antes con sofisterías
y con lástimas despues.

Scil. ¿Pues yendo conmigo, hay cosa
que te pueda entristecer?

Ulis. No; mas puédeme obligar
á que examine por qué
se lamenta en mis fortunas.

Sale CARIBDIS.

Cari. Porque miras y no ves.

Ulis. Pues entre ver y mirar
qué distincion hallas?
Cari. Que
mirar lo hermoso, es mirar;
y ver el peligro, es ver.
Scil. Aunque la oigas, no la escuches.
Ulis. ¿Qué distincion tú tambien
hallas entre oir ni escuchar,
que me las divides?
Scil. Que
el oir, es solo oir,
y el escuchar, atender.
Ulis. ¿Qué me quieres decir tú?
Cari. Que no te pares en ver
sin que pases á mirar,
que el mas hermoso vergel
contiene tal vez el áspid
entre la rosa y clavel.
Ulis. Tú, entre el escuchar y oir,
qué quieres darme á entender?
Scil. Que no te creas del aire;
que el que aspira al parecer
blandas auras, venir suele
inficionado tal vez.
No la escuches.
Cari. No la veas.
Scil. Y ven tras mí....
Cari. Y tras mí ven....
Scil. A argüir....
Cari. A examinar....
Scil. A discurrir....
Cari. A entender....
Las dos. Que entre vista y oido
la ventaja es,
que hay siempre que oir,
pero no que ver.
Ulis. De un mismo sentido entrambas
equívocas os valeis.
Que no hay que ver, dices tú;
confieso que verdad es,
habiéndote visto á ti.
Tú dices que hay que oir; tambien
te lo confieso, pues hay
tu dulce acento, con que
concediendo á cada una
que hay que oir, mas no que ver,
me concedo á mí el dudar
lo que tengo de creer.
Scil. Pues á mí el dudar me basta
para llegarme á ofender.
Cari. Para llegarme á sentir,
á mí me basta el temer.
Scil. Sigue pues su voz, que tú
me vengarás de ti. (*vase.*
Ulis. Ten
el paso, que tras ti voy,
hermoso hechizo.
Cari. Haces bien;
pero tú me vengarás
de ti. (*vase.*
Ulis. Los pasos deten,
dulce encanto, que tras ti
voy tambien. Mas mal podré,
siendo uno, seguir á dos.
Las dos. (*dent.*) Con que diremos los tres:....
Todos. Que entre vista y oido
la ventaja es,
que hay siempre que oir,
pero no que ver.
Ulis. Oye tú! espera tú! Cielos,
quién igual duda vió?

Sale ANTEO *y* CELFA.

Ant. Al pié
dese monte esa villana,
que venia hácia aquí, hallé,
y te la traigo á que diga
lo que pretendes saber.

Salen por la otra parte DANTE *y* ALFEO.

Dant. Yo, penetrando la selva,
este villano alcancé,
y segunda vez le traigo
á que te informe mas bien.
Ulis. ¡O si pudiera uno y otro (*aparte.*
mis dudas satisfacer!
Ven acá, dime, villana,
¿quié una hermosura es,
cazadora destos montes?
Celf. Si es una que yo encontré
volviendo hácia la cabaña
harta de bailar, dempues
que forasteras deidades
festejamos mal ó bien,
Scila era.
Ulis. Calla, calla!
Celf. De qué se enoja?
Ulis. De qué?
Diciéndome que era Scila,
me dices que puede ser
traidora aquella hermosura.
Celf. Qué hermosura no lo es?
Fuera de que ella qué hace
mas que, dejándose ver,
llevar á su torre á un hombre
y dar en el mar con él?
Ulis. Sin duda (ay de mí infelice)! (*apar.*
deidad favorable fué
la que me avisó el peligro.—
Dime tú, villano, ¿quién
es una oculta beldad,
cuya voz á deshacer
vino la traicion de esotra?
Alf. Yo cosa ninguna sé;

Lo dicho dicho, y no mas.
Celf. Si es una que yo escuché,
Caríbdis era.
Ulis. La voz
suspende.
Celf. Por qué
Ulis. Porque
tal halago no es posible
que en sí pudiera esconder
de Caríbdis las crueldades.
Celf. ¿Ahora sabe su merced
que el engañar con halagos
lo hace cualquiera mujer?
Ulis. Ay infeliz!
Ant. Qué suspiras?
Dant. Qué tienes?
Ulis. Qué he de tener;
si una hermosura que vi,
y si una voz que escuché,
por dar dos muertes, han dado
una vida al conocer...?
Las dos (*den.*) Que entre vista y oido
la ventaja es,
que hay siempre que oir,
pero no que ver.
Dant. ¿No dices que los sentidos
tú solo sabes vencer?
Ulis. ¡Ay, que es fácil de decir,
pero no fácil de hacer!
Y siendo así que me dan
dos muertes en que escoger,
muera á las mejores armas.
Tras de Scila hermosa iré,
que morir de una hermosura
es achaque mas cortés.
Mas no; vaya tras Caríbdis,
que mas noble eleccion es
morir á manos del alma.
Dant. Mira...!
Ant. Advierte...!
Ulis. Qué he de hacer?
Dant. Huir de aquí; que estos contrarios
huyendo se vencen.
Ulis. Bien
me aconsejais; no se diga
de Ulises que envilecer
una voz ó una hermosura
su valor pudo, despues
que en Circe hermosura y voz
vencer supo. Vamos pues,
salgamos presto de aquí.
Pero ¿cómo puede ser,
si el esquife que nos trajo,
dando en la roca al través,
pedazos se hizo?
Ant. En la playa
varados barcos hay.
Ulis. ¿Quién
nos aprestará uno?
Dant. Este
pescador.
Ulis. Has dicho bien.
Alf. No ha dicho sino muy mal.
Ulis. Tu barco, amigo, preven;
llega á la orilla, que yo
te lo sabré agradecer
en echándome á otra playa.
Alf. Harto tengo yo que hacer
en lo que dije de Scila
y Caríbdis, sin querer
enojarlas con libraros.
Dant. Pues si no lo haces por bien,
morirás á nuestras manos.
Alf. Celfa, pues eres mujer,
ruégales tú que me dejen.
Celf. Señores, no le lleveis,
que es tonto, y no sabe mas
que remar y conocer
los bajos de aqueste puerto,
sin dar en ningun través
por mas bravo que ande el mar.
Alf. ¡Muy buenas señas pardiez
para dejarme! Qué dices?
Celf. Digo lo que verdad es.
¿Sabeis otra cosa vos,
que en dos paladas ó tres
atravesar todo el golfo?
Alf. ¡Que me destruyes, mujer!
Celf. Por eso lo digo yo.
Ant. De grado, villano, ven,
ó arrastrando irás.
Alf. Será
andar el mundo al revés,
ser yo el arrastrado, siendo
el sentenciado usted.—
Celfa mia, que me llevan!
Celf. Los tales habian de ser
y los cuales.
Los dos. De aquí vamos.
Alf. Mátenme á coces, é iré,
porque yo soy muy galeote
en llevándome por bien.
Ulis. Llevadle, y llevadme á mí
que voy forzado tambien,
tanto, que licencia os doy,
si me viéredes volver
el rostro, que los oidos
y los ojos me vendeis
atado al árbol; y aun todo
no basta, si oigo otra vez....
El y las dos. Que entre vista y oido
la ventaja es,
que hay siempre que oir,
pero no que ver.
Celf. Aquel adagio que dijo:
la ida del humo, y aquel

de allá vayas y no tornes,
nunca han venido mas bien.
(*Vanse los cuatro y queda Celfa.*

Salen SCILA *y* CARÍBDIS.

Cari. Qué mal descansa un rigor!
Scil. Qué mal sosiega un desden!
Cari. Sin duda, pues no está aquí,
ni en todo el monte se ve,
fué tras de Scila.
Scil. Sin duda,
pues ya no está aquí, que fué
tras Caríbdis.
Cari. Y no ya
lo siento por mi altivez
tanto, como por mi envidia.
Scil. Y no ya tanto cruel
lo siento, como zelosa.
Cari. O ira vil!
Scil. O afecto infiel!
Las dos. Villana!
Celf. Quién llama?
Las dos. Yo.
Celf. Conformaos las dos; porque
llamada áun tiempo de entrambas,
ignoro á cual responder.
Scil. A ella, que viéndola aquí,
no tengo yo que saber.
Cari. Viéndote á ti, yo tampoco.
Scil. ¿Segun eso, viene á ser
una la duda? Podrás
respondernos de una vez.
¿Viste un derrotado huésped
del mar, que ahora aquí dejé?
Celf. Por señas de que me puso
en grande obligacion.
Las dos. Qué es?
Celf. Dejarme sin mi marido;
porque apenas le nombré
quien erais, cuando por fuerza
le hizo aprestar su bajel,
en que huyendo de las dos
se volvió....
Cari. La voz deten.
Scil. Calla, calla; que me has muerto
por darle la vida á él.
Celf. ¿Pues qué le dije yo mas
de quien erais?
Scil. Cielos! ¿quién
creerá, que muera yo á manos
de un desprecio? ¡O nunca fiel
se hubiera dado á partido
mi siempre altiva esquivez!
Cari. ¿El primero dia, que afable
me llego á reconocer,
es el primero, (ay de mí!)
que me miro padecer
el desaire de una fuga?
Scil. Ya la barquilla romper
se ve desde aquí las ondas.
Celf. Ahí, que no os miento, vereis.
Scil. ¡Viven los cielos, villana,
que has de pagarme el haber
dicho quien soy!
Cari. Bella Scila,
ya que igual el rencor es,
pase nuestra competencia
á venganza; y para que
no quede ejemplar de que hubo
quien nos venció, yo pondré,
pues que soy deidad del mar,
nuevos encantos en él,
de las Sirenas haciendo
que harmonioso el tropel
le entre en su golfo. Pon tú,
pues que te llegas á ver
deidad de la tierra, escollos
en que choque. Y pues aquel
villano de las dos dijo
lo que escuchamos tal vez,
y esta quien éramos, tú
te venga en ella, y yo en él.
Scil. Yo desde estas altas rocas,
basas dese azul dosel,
peñas arrojaré al mar
aunque se desplome el ex
que en ellas estriba, haciendo
que el impulso del caer
le zozobre á los embates
de un vaiven y otro vaiven,
y á esta villana....
Celf. Ay de mí!
Scil. En esa torre daré
la prision, que á él le esperaba,
adonde encantada esté,
para mas pena, hasta que haya
quien la libre.
Celf. Mire usted,
que para cantada soy
mala letra, pues se ven
cantar villancicos, no
villancicas.
Suben á la torre Scila y Celfa.
Scil. Fiera, ven
á esa cumbre, en cuyo seno
miras del aire pender
una cueva, que su luz
su despeñadero es.
Celf. Mal agasajo para una
huéspeda como yo, aunque
por lo menos me consuela
el que Alfeo no lo vé,
y cantada ó no cantada,
al fin viviré sin él. (*éntranse las dos.*
Cari. Yo en tanto de las Sirenas

el coro convocaré
cantando y llorando á un tiempo,
supuesto que es menester,
para que me oigan, mezclar
el pesar con el placer.
(*cant.*) ¡Hola, hao, ha del golfo
de las Sirenas!
Mus. (*dent.*) Hola, hao! ¿quién nos llama
desde la selva?
Cari. ¿Ya la voz de Caríbdis
no hay quien conozca?
Mus. (*dent.*) ¿Quién conoce á quien canta
la vez que llora?
Pero dinos, ¿qué quieres
de nuestra esfera?
Cari. Que el que apenas le sulque,
le sulque á penas.
Aquel mísero bajel,
que monstruo de dos especies,
siendo del aire delfin,
águila del mar parece,
de un foragido huésped
sagrado intenta ser, no siendo albergue.
Unas. (*dent.*) Pues qué mandas?
Otras. (*dent.*) Qué quieres?
Cari. Que en calma
sienta, llore, gima y pene.
Una voz Sienta,....
Otra. Llore,....
Otra. Gima,....
Otra. Pene...
Cari. Entre Caríbdis y Scila,
coronado de laureles,
es el primero adalid
que juzga que huyendo vence;
como si ser pudiese
quedar mejor el que huye que el que muere.
De una voz y una hermosura
triunfando vas, y os compete
por hermosas y por dulces,
que el ejemplar le escarmiente.
Llamadle, detenedle!

Dentro SCILA.

Scil. Llamadle, detenedle! (*terremoto.*
que yo tambien guerra le haré de suerte..
Ella y mús. Que en calma sienta, llore gima y pene
Conociendo que el golfo
de las Sirenas,
el que apenas le sulca,
le sulca á penas.

Con el terremoto se descubre el barco, y en él ULISES, DANTE, ANTEO *y* ALFEO *remando.*

Ulis. No costees, barquerol,
sino hazte al mar; que de tierra
nos hecen los montes guerra
con terremotos, que al sol
turban, despeñando encima
del barco una y otra cumbre,
de su inmensa pesadumbre
la mas eminente cima.
Alf. Peor será, que si lanzado
tomo el golfo, vuestras penas
aumente de las Sirenas
la voz, que ya se ha escuchado.
Ulis. Qué Sirenas? Hazte al mar;
que esas sabré vencer yo.
Alf. Basta esto para quien no
tiene gana de remar.
(*Deja los remos, y para el barco.*
Ant. ¿No dijeron que correr
el golfo en un punto puedes?
pues qué esperas? (*el terremoto.*
Alf. ¿Luego ustedes
creyeron á mi muger?
En su vida habló verdad,
y esa es la mayor mentira
que en su vida dijo.
Dant. Mira
que es loca temeridad
pararte, cuando se viene
sobre nosotros la sierra. (*terremoto.*
Alf. Yo soy pescador de tierra,
é ir al terrado conviene
tierra á tierra, tan despacio,
que me entierre la terraza
de un terrado de la plaza,
ó un terrero de palacio,
antes que de un terremoto
el temor, que me sotierra
en soterraños de tierra,
me dé sepulcro remoto
en el agua.
Ulis. Un loco es.
Alf. Y aun dos.
Ant. Qué haremos?
Dant. Tomemos
nosotros, Anteo, los remos.
Alf. ¿Y de mí qué harán despues?
Dant. Echarte, villano, al mar.
(*Agárranle entre los dos.*
Ant. Y el aligerarse gana
el barco.
Alf. Aunque so un Juan Rana,
miren que no sé nadar.
Ulis. Vaya al mar por embustero.
Alf. Mijor por eso era haber
arrojado á mi mujer
un poquitico primero.
Los dos. Hombre á la mar!
Alf. Qué pesar! (*échanle*
pero que me echeis os dejo; *al mar.*
porque en llegando á ser viejo,

¿qué hombre no es hombre á la mar?
(*Vése entre las ondas un pez grande.*
¡Mas ay ahogado de mí!
¿qué pez horrible y cruel,
que hácia aquí viene, es aquel?
¿Si querrá tragarme? Sí
parece; y pues escapar
no puedo: usted, señor pez,
me trague por esta vez,
mas no sirva de ejemplar.
(*Trágale el pez, y escóndese.*
Ulis. Nada en mar y tierra vemos
que otro prodigio no sea.
Ant. Vencido el mayor se vea
con que el golfo atravesemos.
(*Reman Dante y Anteo.*
Mus. (*dent.*) No podreis, porque el golfo
de las Sirenas,
el que apenas le sulca,
le sulca á penas.
Ulis. ¿Qué nuevo sonoro canto
es el que habemos oido? (*suspénd.*
Los dos. A todos ha suspendido
de su dulzura el encanto.
Ulis. ¿Quién canta en el mar tambien?....
Sir. 1. (*dent.*) Quien....
Ulis. Cuando otra voz me destierra,...
Sir. 2. (*dent.*) De tierra...
Ulis. De que yo escapar pretendo....
Sir. 3. (*dent.*) Huyendo,....
Ulis. Porque á mi honor le conviene.
Sir. 4. (*dent.*) Viene.
Dant. Misterio el eco contiene.
Ant. No es eco. ¿No ves veloces
Sirenas decir á voces:....
Todas. Quién de tierra huyendo viene?

Salen cuatro Sirenas entre las ondas.

Ulis. ¿De quién pretendo yo huir?
Sir. 1. De oir...
Ulis. Que mas intento vencer....
Sir. 2. Y ver....
Ulis. Pues quien tiene por disgusto....
Sir. 3. Gusto....
Ulis. Que yo á mí me quiera dar.
Sir. 4. Pesar.
Ant. Sentido trae singular
el canto que nos persigue.
Dant. Sí, pues dice que se sigue...
Todas. De oir y ver gusto y pesar.
Ulis. Pues si me juzgué muriendo...
Sir. 1. Viendo....
Ulis. Un peligro á otro añadiendo...
Sir. 2. Oyendo....
Ulis. Durar mi dolor cruel,....
Sir. 3. En él....
Ulis. ¿No era morir y no amar?
Sir. 4. Mar.
Ulis. Mas ay! que para vengar
la fuga que haciendo voy,
en el mismo riesgo estoy,...
Todas Viendo y oyendo en el mar.
Ulis. Y así el que vencer intenta....
Sir. 1. Sienta....
Ulis. El que una voz le enamore,...
Sir. 2. Llore...
Ulis. Y el que una verdad no estima,....
Sir. 3. Gima....
Ulis. Y pues remedio no tiene,....
Sir. 4. Pene....
Ulis. Solo este medio conviene,
que quien librarse procura
de una voz y una hermosura....
Todas. Sienta, llore, gima y pene.
Ulis. ¡Mas ay infeliz de mí!
¿Qué querrán mares y vientos?

En lo alto Scila *y* Caríbdis.

Las dos. Junta todos sus acentos.
Los tres. Y cómo dirán?
Las dos. Así:
Todas. Quien de tierra huyendo viene
de oir y ver gusto y pesar,
viendo y oyendo en el mar,
sienta, llore, gima y pene.
Ulis. Pues si llorar y gemir
fuerza es, sentir y penar,
mejor es que acabe el mar
de una vez tanto sufrir
embates de la fortuna.
Los dos. Qué haces?
Ulis. Arrojarme donde,
quien tantas vidas esconde,
añada al número una,
y mas si despues de oir
las sonoras amenazas
desas hermosas Sirenas,
que á un tiempo cantan y encanta,
tanto, que aun los dos suspensa
dejais sin remo la barca,
veo sobre aquella roca
la hermosura soberana
de Scila, y sobre aquel risco
escucho las voces blandas
de Caríbdis, las dos siendo
vivos imanes del alma.
Dant. Todos aquesos peligros
contra una industria no bastan.
Ulis. Qué es?
Dant. Que pues que ya en la vela
sopla favorable el aura,
y della el barco impelido
no le hacen los remos falta,
cerrados ojos y oidos

correr nos dejemos, hasta
que dé del hado el arbitrio
con nosotros á otra playa.
Las dos. Ahora, ahora Sirenas,
repetid en voces altas:
Todas. Quien de tierra huyendo viene
de oir y ver gusto y pesar,
viendo y oyendo en el mar,
sienta, llore, gima y pene.
Conociendo que el golfo
de las Sirenas,
el que apenas le sulca,
le sulca á penas.
Ulis. ¿Qué importa que yo las manos
ponga en los oidos, y haga
fuerza á los ojos, si ojos
y oidos, ladrones de casa,
saben los rincones della;
y viendo impedir sus causas,
retiran al corazon
las especies, y él las guarda
tan vivas, que á los sentidos
volver el uso les manda?
Con que menos que arrojado
al mar, ni el fuego se apaga,
ni el corazon se sosiega,
ni los sentidos descansan.
Ant. Harás que, de la licencia
que nos diste, usemos hasta
pasar el golfo.
Ulis. Qué fué?
Dan. Que al árbol atado vayas
vendados ojos y oidos.
(*Atanle y pónenle una venda en los ojos.*
Ulis. A qué loco no le atan?
Bien haceis. — Scila hermosa,
suave Caríbdis, sagradas
Sirenas del negro golfo,
altos montes de Trinacria,
decid á voces que Ulíses,
dándole el viento sus alas,
entre Caríbdis y Scila
atado y vendado escapa
de vuestros riesgos, porque
le quede al mundo enseñanza,
que así se huyen los estremos
de la hermosura y la gracia.
(*Escóndese el barco.*
Cari. Seguidle, seguidle todas.
Sir. ¿A qué, si no sirve nada
contra quien ojos y oidos
de voz y hermosura guarda?
Cari. Pues si no bastan mis ecos....
Scil. Si mi hermosura no basta....
Cari. Contra quien vencerlas quiera,....
Scil. Contra quien quiera postrarla,....
Cari. Dando la rienda á la ira,....
Scil. Soltando el freno á la rabia,....
Cari. Caiga despeñada al mar,....
Scil. Al mar despeñada caiga,....
Las dos. Muriendo como él habia
de morir, en cuya saña
las funerales exequias
montes y piélagos hagan.
(*Arrójanse al mar, suena ruido de tempestad y escóndense las Sirenas.*

Salen ASTREA, *villanos y pescadores.*

Vill. ¿Qué segundo terremoto
la luz del sol nos apaga?
Astr. Abajo el orbe se viene.
Pesc. 1. De todo ese azul alcázar
los peñascos de su centro
proceloso viento arranca.
Pesc. 2. Sí, pues el mar á su esfera
parece que los traslada.
Pesc. 3. Es verdad, que dos escollos
miramos sobre las aguas,
nunca hasta ahora descubiertos.
Todos. Qué será?

Sale SILENO.

Sil. El cielo me valga!
Todos. Qué es esto, Sileno?
Sil. Que
mirando el mar en bonanza,
salí á pescar, y á lo lejos
vi arrojarse despeñadas
en el mar Scila y Caríbdis,
cuyo sepulcro de plata
construyen dos nuevos montes
en dos pirámides altas,
contra cuantos marineros
tocaren en esas playas;
pues quien escape de Scila,
tendrá en Caríbdis borrasca.
Y no paró aquí el prodigio,
sino que la red, que echada
tenia al mar, al recogerla
la sentí con tan gran carga,
que de remolque ha venido
sin conocer lo que traiga.
Uno. Porque todos lo veamos,
ayudemos á sacarla.
Sil. Marino monstruo, que abre
la boca, de sus entrañas
arroja otro horrible monstruo
todo vestido de escamas.

Vuelve á verse el pez en las ondas, y sale por la boca ALFEO *vestido de salvaje.*

Alf. ¡Gracias á Dios que he llegado
á la orilla! ¡Para, para,

coche pez, que me has traido
en ti como en una caja!
Todos estamos acá,
amigos.
Todos. Qué fiera estraña!
Astr. Qué salvaje tan cruel!
Alf. Tú eres la fiera, y tu alma,
y tú la salvaja, puesto
que aquí no hay otra salvaja
ni otra fiera. Y pues prodigios
es hoy toda esta comarca,
huyamos todos.
Todos. Huyamos.
Sil. Pues con dejar trasformada
en escollos á Caríbdis
y á Scila, quedó acabada
la fábula: ahora, viendo
arrojar en esta playa
aquese marino monstruo,
empiece la mogiganga.
(*Vánse todos, y queda Alfeo solo.*
Alf. Qué mogiganga? Esperad!
Oid! El cielo me valga!
Ahora que caigo en ello,
dónde estoy? Que aquesta estancia
no es mi tierra, pues en ella
no habia aquellas peñas altas,
y habia cierta mujer mia.
Pero si ella de aquí falta,
mas que esté donde estuviere;
manos á labor, y vaya
de náufrago peregrino,
que derrotado se halla,
sin saber cuándo ni cómo.—
Ha de los montes!
Mus. (*dent.* Quién llama?
Alf. Qué sé yo quien soy, porque
una marina tarasca,
que me concibió en el mar,
con dos cosas tan contrarias,
como son aborrecerme
y meterme en sus entrañas,
me ha malparido á esta tierra,
donde, aunque he sido vianda,
ni soy carne ni pescado.
Cor. 1. Pues qué quiéres?
Cor. 2. Pues qué mandas?
Alf. Ya que ustedes me responden,
sean quien fueren, con tanta
melanoche ó melodía,
qué tierra es? que como en zarzas
en ella estoy....
Mus. La Zarzuela.
Alf. La Zarzuela?
Mus. Qué te espantas?
Alf. ¿No he de espantarme, si en este
momento en Trinacria estaba?
Mus. ¿Pues quién le quita que sea
la Zarzuela de Trinacria?
Alf. Algun crítico que ponga
en razon las mogigangas.
Mas ya que lo saben todo,
saben quién yo soy?
Mus. Juan Rana.
Alf. ¡Gloria á Dios, que di conmigo!
que ha rato que me buscaba
y no me podia encontrar.
Mas digan, si no se cansan,
en este bosque vustedes
¿quién son, que cantan que rabian,
y á qué he venido yo á él?
Mus. Tú lo sabrás si le andas.
Alf. Ve aquí que le ando, y que no
lo sé.

Dentro CELFA *en la torre.*

Celf. Ay triste! ay desdichada!
ay mísera! ay afligida!
ay amarrida y cuitada!
y ay encantada de mi!
Alf. O tú, voz que *á longe* ayas!
Dónde estás y cuya eres?
Celf. Los ojos al desvan alza
deste monte, verás donde
me dejó Scila encerrada,
por último encantamiento
de su póstuma venganza,
hasta que haya caballero
que me libre, con tan rara
condicion en la aventura,
que lo primero que manda
es, que cuando entre, un salvaje
venza, un dragon cuando salga,
pena de que si venciere
uno sin otro, se vayan
los encantados, y él quede
en la prision.
Alf. Grande infanta
sin duda es, que estos primores
las de la villa no gastan.
Celf. Por ahora no se me acuerda
bien de cómo me llamaba
en el siglo; pero sé
que estoy aquí con tal rabia,
con tal cólera, tal ira,
tal impaciencia y tal saña,
que todos los encantados
me llaman la Mari-Brava.
Alf. Mari-Brava y Zarzuela!
Celf. Ahí
verás lo que el diablo enzarza.
De buena ventura eres
si desta prision me sacas,
porque sacarás conmigo
cuantos encantados andan

por aquestos vericuetos.
Alf. Llevara Bercebú el alma
que tal sacara; que fuera
muy heróica patarata,
que la que me prendió antaño
desprendiera hogaño.
Celf. ¡Gracias
á tu valor!
Alf. ¿Pues de qué
las gracias son?
Celf. De que tratas
tomar la demanda mia.
Alf. No hago tal. Devota santa,
por mi vida, para que
tomara yo su demanda.
Celf. Encantados caballeros
y princesas encantadas,
que andais por aquestos montes
en diversas formas varias,
un aventurero dice
que quiere tomar las armas
por mi amor.
Alf. No dice tal.
Celf. Que yo me lo entienda basta;
que esto de verse servidas,
basta soñarlo las damas.—
Venid todos, venid todas
á recibirle.

Salen hombres y mujeres en trajes de diversas aves y animales, como lo dirán despues los versos.

Todos. Desgracias!
Alf. En toda mi vida vi
fieras tan buenas cristianas.
Tod. (*cant.*) Desencantadorcito del alma,
mira aquí lo que desencantas.
Alf. Pues, encantadorcitos del cuerpo,
veis aquí, que me voy huyendo.
Uno. No irás tal; que ya empezado
no puedes volver la espalda.
Alf. Si iré tal; porque vencido
la puedo volver.
Tod. Aguarda,
desencantadorcito del alma,
mira lo que desencantas.
Alf. Pues, encantadorcitos del cuerpo,
veis aquí que me voy huyendo.

Sale un salvaje.

Salv. ¿Quién eres, ó tú, que osado
hasta aquí mueves las plantas,
dándome á entender que quieres
entrar conmigo en batalla?
Alf. Para salvaje ese es mucho
discurrir; porque, en mi alma,
que no quiero tal.
Salv. Sí quieres;
pues de sus términos pasas
el coto, que tiene puesto
á los encantos que guarda
el grande cuento de cuentos,
Gasparilis de Aravaca.
Alf. Si es usted, ponga entre esotros
cuentos que cuenta, que el que haga
guerra yo á usted es el cuento
de nunca acabar.
Salv. No basta;
y á ese próposito escucha:
tenia una dueña una enana...
Alf. Ya ese es viejo, y no he de oirle.
Salv. ¿Pues hay mas de que otro vaya?
A cuatro ó cinco chiquillos...
Alf. Tambien ese tiene canas.
Y no te canses; que ni ese,
ni otro alguno, si me matas,
no he de oirte.
Salv. Aqueso es
matarme tú con ventaja.
¡Ay, que me ha muerto! (*Cae.*
Todos Al salvaje
mató.
Alf. El lo vendría de casa;
que yo no he llegado á él.
Salv. Tú me has muerto.
Alf. Con qué armas?
Salv. Con no oirme; que á un salvaje
quien no le escucha le mata.
Tod. Con que ya volver podemos
á nuestras formas pasadas:
desencantadorcito del alma,
mira aquí lo que desencantas.
Uno. Yo, que fuí en el modo tia,
soy arpía.
Otro. Yo, que me asombro y me arrobo,
soy un lobo.
Otra. Yo, serpiente verdinegra,
era una suegra.
Uno. Yo, que fuí un grande lebron,
me hice leon.
Otra. Yo, tercera, en quien peligre,
trocado el honor, fuí tigre.
Uno. Y yo, atento á mi interés,
gato montés.
Otra. Yo, que fuí una dueña flaca,
soy urraca.
Uno. Y yo, que un gran puerco fuí,
soy jabalí.
Tod. Con que, nuestras formas cobradas,
mira tú lo que desencantas.
Alf. Ya lo miro, y reconozco
que haceis el bosque cuadro del Bosco.
Uno. Tú, á quien la vida debemos,
ahora que bajes falta.
Celf. Ya bajo yo en una nube.

Baja CELFA *en una banasta.*

Alf. ¿Esa es nube ó es banasta?
Todos Qué te espanta? ¿No conoces
que es nube de mogiganga?
Celf. ¿Quién es el que me ha librado?
Todos Vesle aquí.
Alf. Humilde á tus plantas...
Mas qué miro!
Celf. Mas qué veo!
Tú eres, fiero?
Alf. Tú eres, falsa?
Todos Qué es esto?
Celf. Que es mi marido.
Alf. Que es mi muger.
Todos. ¿Y qué sacan
deso?
Celf. Que su libertad
no quiero.
Alf. Ni yo librarla.
Astr. Pues buen remedio.
Alf. Qué es?
Ast. Que pues de vencer te falta
el dragon de la salida,
escuses esta batalla,
y que tú preso te quedes,
y que ella libre se vaya.
Celf. Yo soy contenta.
Alf. Yo y todo.
Uno. Pues metámosle en banasta,
señores desencantados.—
Advierta, no hable palabra; (*á Alf.*
porque en el punto que hable,
dará una gran zaparrada.
(*Métenle en la banasta y súbenle.*
Alf. No hablaré mas que un marido
encantado.
Unos. Arriba vaya.
Otros. Vaya arriba.
Alf. Qué haces, mozo?
Uno. Está la cuerda enredada.
Otro. ¡Que se va el torno, Jesus
mil veces!
(*Déjanle caer de golpe.*
Uno. Qué gran desgracia!
Juan Rana se ha hecho pedazos.
Otro. Acabemos sin Juan Rana.
Celf. (*cant.*) Sin marido y desencantada,
qué dos venturas, venturas tan raras!

Levántase Alfeo, y va tras ella.

Alf. No os vereis en ese gozo,
pícara, desvergonzada,
que con marido y desencantada,
qué dos venturas, venturas tan raras!
Todos Quedo, quedo, sed amigos,
cantando y bailando.
Los dos. Vaya.
Todos Que con marido y desencantada,
qué dos venturas, venturas tan raras!

---

3 0112 115883511